



## Prólogo de Jaime Buhigas

### El gran OTRO

Ha vuelto a aparecer Mardía. En realidad, sigo sin conocerla mucho. Nos hemos visto a la cara en contadas ocasiones. Lo nuestro se cuece a fuego muy lento. Pero se cuece, de eso no hay duda. Los dos lo sabemos y jugamos complacidos a esta tácita demora, sin prescindir de una curiosa lealtad que nos viene dada. Esquivo como soy, acudo obediente a su llamada. Me ha propuesto escribir un prólogo para su libro sobre San Francisco. En general Mardía siempre me inspira un "Sí, por supuesto". Pero en esta ocasión, tratándose del Poverello de Asís, la demanda es implacable. Lo mío con Francisco también se cuece a fuego muy lento, pero desde hace muchísimos más años. Convertir algo en propio es solo cuestión de tiempo. Además, el libro contará con las ilustraciones de Francis Marín. Adoro el trabajo que los dos han hecho en "Cielo y Tierra". La demanda implacable es ahora una imperiosa necesidad, un lujo irrenunciable, un privilegio consciente: "¡Sí, por favor!".

Leo el borrador. Descubro sin sorpresa que el texto es una pequeña y encantadora trampa. Escondida tras una inteligente biografía del santo (siempre entrañable, siempre romántica...) el tema verdadero es otro. Solo uno: el gran OTRO. Jamás se me habría ocurrido. Sonrío. Ahora entiendo. Por eso la aparente biografía es simétrica, axial, tiene un CENTRO, un punto de reversión más que de inflexión, un nudo gordiano, una hamartía (ἁμαρτία) como dirían los trágicos griegos. Y ese axis mundi, esa puerta sin retorno que desdobra el relato, es el encuentro entre dos opuestos, el enfrentamiento sincero y desnudo con el gran OTRO: Francisco y el Sultán; Occidente y Oriente; Cristianismo e Islam; Pobreza y Riqueza; Vertical y Horizontal; Cielo y Tierra... De nuevo. ¿Estarán Mardía y Francis insistiendo en el mismo mensaje?

Mis ancianos profesores de Geometría Pitagórica fueron taxativos con el concepto de la Unidad versus la Dualidad. Proclo, Arquitas, Nicómaco, Plotino, todos los neoplatónicos insisten: el Caos primigenio de las cosmogonías es la Unidad, el principio de todas las cosas. En su primera división, en el paso del Caos al Cosmos, la Unidad se fragmenta en DOS. Ese es el verdadero comienzo del Universo manifiesto. Porque toda manifestación precisa de esa dualidad original: lo que ES, separado de lo que NO ES; lo manifiesto, separado de aquella alteridad a la que se manifiesta; el emisor ante el receptor; lo activo frente a lo pasivo... Nada en este relato es baladí. Si el objetivo de todo esfuerzo espiritual no es otro que regresar a la Unidad primera, este camino de regreso (VÓΣΤΟΣ), se alcanzará por pura inversión. Esto implica que habrá obligatoriamente un último estadio de máxima dualidad. Dicho de otro modo, si del 1 se hizo el 2, en el camino inverso, para llegar al 1 habrá que pasar indefectiblemente por el 2, en todo su vigor y mayor expresión.

Pero advierten los alquimistas: la terrible dualidad, aquella sin la cual jamás se alcanza la Unidad, no admite concesiones. En ella habita el misterio de la alteridad. La dualidad es violenta y radical: divide, cercena, excluye, aísla. Las cartas están hacia arriba. No se admite la contradicción. Adversidad en estado puro: o una cosa o la otra. Azufre o Mercurio filosofal. No hay pacto. No hay negociado. Solo una mutua exclusión visceral, ontológica: tirios y troyanos; capuletos y montescos; buenos o malos; fieles o infieles; blanco o negro; vida o muerte; tú o yo. Nunca lo había pensado. Francisco tampoco, cuando emprendió su osado viaje. Creyó que, como capuleto militante, sería capaz de cambiar el apellido al más grande de los montescos. Y se presentó, iluso, ante el sultán. En el escuálido y zarrapastroso frailecillo menor había también espacio para unas dosis de sofisticada soberbia. Y fracasó. Sí, lo digo y lo proclamo con la mayor de las alegrías: ¡Fracasó!, ¡Bendito fracaso! Fracasó igual que nuestro apóstol Santiago evangelizando gallegos, o como Quijote rendido ante el Caballero de los Espejos. Porque para enfrentarse a la dualidad, para disolverla, solo hay un camino: el fracaso. ¿O no es exactamente esa la historia de Jesús de Nazaret, "clavado en una cruz y escarnecido"?: un colosal y estrepitoso fracaso, requisito inexcusable para dar paso al Cristo Resucitado.

Cuando el otro es realmente OTRO. Cuando todo es alteridad, diferencia, oposición, entonces, solo entonces entra en juego el misterio, la verdadera magia. Dice el maestro "El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque te ve". Eso es. ¡Cuánto profeta de nuestro tiempo disfrazado de filósofo-poeta! De nuevo echamos mano de la mitología: tras la dualidad primigenia (Tártaro y Gea) Hesíodo nos desvela el secreto de todos los misterios, el tercer dios, Eros, el más bello entre los inmortales. Eros, la fuerza que reúne lo dividido. La Sal de los alquimistas. El Eros Uranio del Banquete de Platón: el Amor.

El relato del gran OTRO, es una historia de Amor. Posiblemente la única historia de Amor verdadera. Porque solo el Amor convoca a los opuestos y los hace fundirse, desapareciendo él mismo y las partes concitadas.

Porque para amar es preciso morir a uno mismo, a todo lo que uno cree ser, y estar dispuesto a resucitar en el otro, que ya tampoco será él. Porque la llama de amor viva de los místicos es un sublime desposorio, un matrimonio consumado en el que amado y amada se funden en la luz del fuego unificador... Romeo y Julieta, amantes en la eternidad, pierden por Amor sus apellidos distanciadores.

Lúcida y certera, Mardía reordena así, con sabiduría, la vida de San Francisco. Tras el sagrado encuentro con el gran OTRO nada es ya lo mismo para el Poverello. Es la gran iniciación del italiano. La definitiva. Llegado al centro del laberinto y muerto el Minotauro, Teseo debe regresar, dar marcha atrás, invertir la aventura. El peregrino que al fin contempla Finisterre debe dar media vuelta y completar su camino inverso. Y así fue: Francisco regresa. Y solo entonces renuncia a su orden y a su regla (nunca olvidemos que ni Cristo fue cristiano, ni Francisco franciscano). Solo y enfermo, con unos pocos frailes hermanos que lo cuidan, el envés de su tiempo en la Tierra se despliega asombroso: la prédica a los pajarillos, la Navidad de Greccio, el Alverna, los estigmas, la ceguera, el Cántico de las Criaturas... La pasión de Francisco, ahora sí pleno, arrebatado, certero y directo. La Cruz. Vertical y horizontal. Francisco fundido con la Unidad. Y en cada uno de esos hechos extraordinarios, en la mente del místico, el recuerdo persistente de la mirada firme del Sultán. Ojos que ves, y ojos que te ven. Somos lo mismo. Somos uno.

Francis y Mardía también son uno. Tejen un tesoro muy preciado. Imposible distinguir quién es la trama y quién la urdimbre. Las imágenes de Francis transportan a los espacios sagrados, a la trascendencia de la Naturaleza, a la intimidad de lo genuinamente hermoso. Son pequeñas joyas gráficas, humildes y profundas. Luminosas. Mimadas. Hay mucho Amor en cada página. Francisco es pequeño. La Creación inconmensurable. La Luz es la única protagonista. Por momentos asoman traviesos los ecos del Giotto. En las miradas transparentes de los personajes se adivina su alma. Las texturas se multiplican y se tornan mensaje, brocado, filigrana, escritura cifrada. Nubes, cielos, rocas, mares y grutas: todas son habitadas por la palabra divina. El libro, exquisito, se antoja sagrario, templo, santuario, hogar.

Ha vuelto a aparecer Mardía. Y con ella, como siempre, una puerta, un espejo y una llave. Esas son las herramientas de la maestra, las armas caballerescas de quien no puede dejar de enseñar con el mero hecho de hacerse presente. Ante los maestros solo cabe dos cosas: callar y escuchar. Esta vez, la humilde profesora, la madre castellana, la escritora de imposibles, nos brinda la vida de un santo, posiblemente el más célebre y popular de todos los santos que acredita la Iglesia Católica. Hablar de santos no debería ser nunca más labor de parroquianos beatos y fetichistas anhelantes. Hay que salvar la sabiduría del santoral de las garras ignorantes del fanatismo, el prejuicio y la superchería. Gracias Mardía. Gracias Francis. Nos devolvéis a Francisco, y lo colocáis en el lugar que le corresponde: el del maestro. Como él mismo os diría, "Paz y Bien".

# Francisco, el sultán y nosotros

Hay cosas que suceden en un momento concreto de la historia y a la vez suceden en la eternidad. Pasaron hace siglos pero están ocurriendo aún dentro de tu corazón.

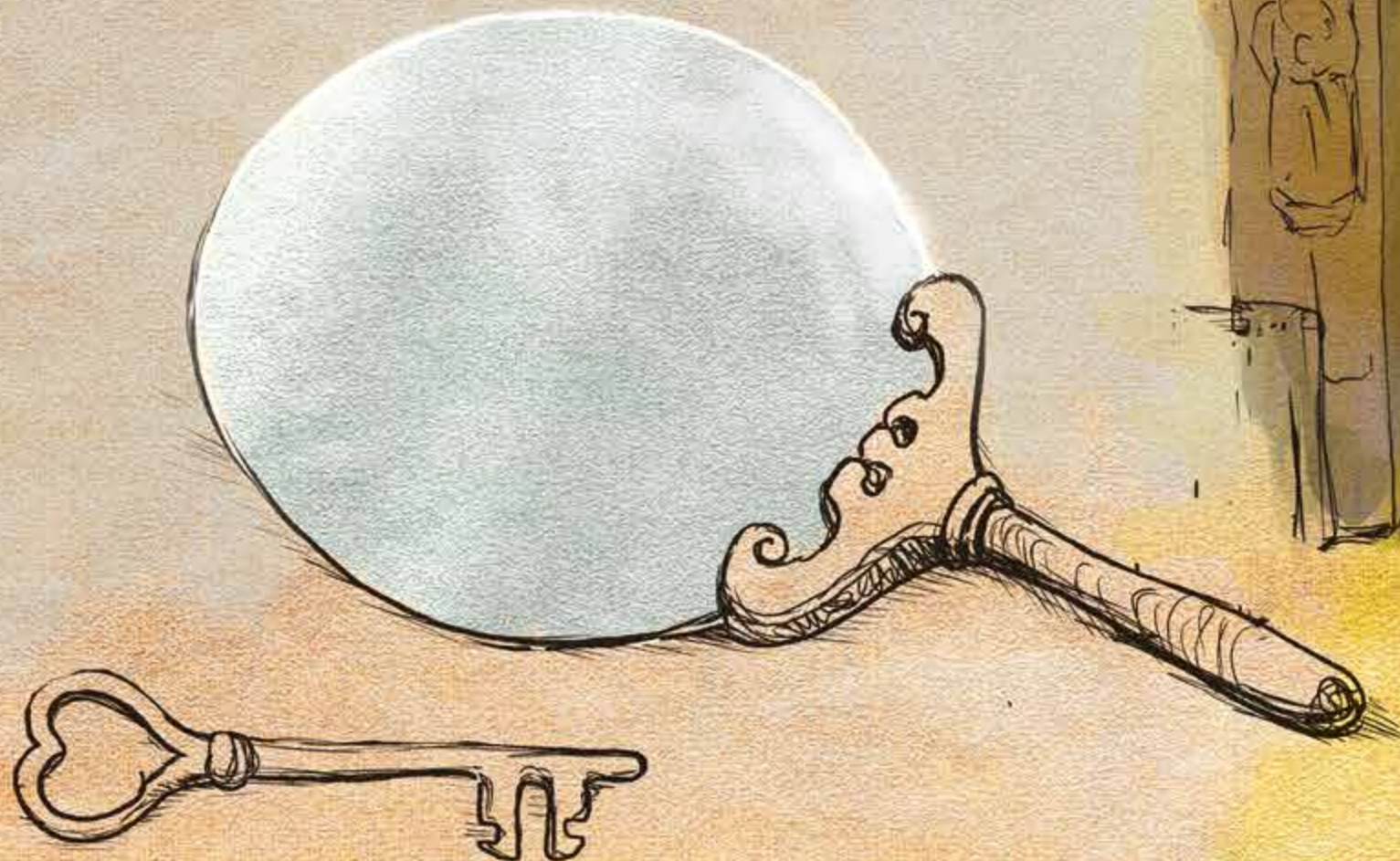
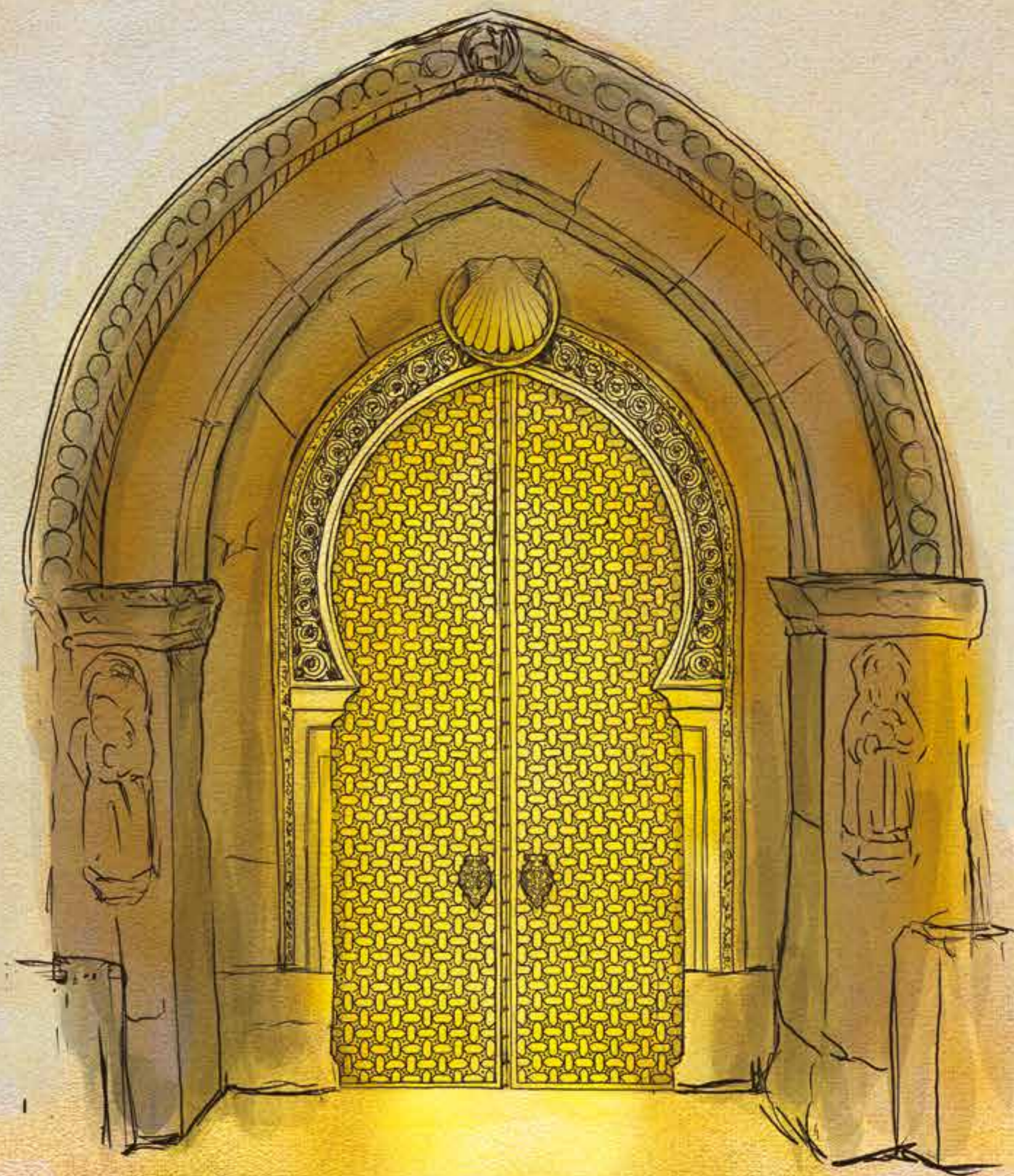
Uno de esos momentos es el encuentro de Francisco de Asís con el sultán Al-Kamil en 1219 en Egipto.

No sabemos bien qué ocurrió allí, pero a la vez lo sabemos. Francisco era pobre y cristiano. El sultán era el antagonista del italiano, lo completamente otro en su imaginario previo: rico, poderoso y sarraceno, en un momento histórico en que los cristianos y los musulmanes se disputaban Tierra Santa. Ambos tenían, sin embargo, una edad similar, casi 40 años. Y, al parecer, gran talla espiritual.

Aunque no sabemos bien qué ocurrió allí, a la vez lo sabemos. El encuentro le trajo a Francisco un espejo y una llave. Con el espejo, clarificó aún más su vida; con la llave, abrió su corazón.

Y como todo tiempo, persona o lugar sagrados riman con lo profundo de cualquier ser humano, el encuentro de ambos puede clarificar nuestra propia vida y abrirnos también una puerta.

Los libros a veces no son más que la invitación a entrar.



# Antes

Una fuerza empuja a su alma a hollar los límites de su mundo. Todo lo que él es y ha sido se concentra en un profundo anhelo: quiere viajar a tierra de musulmanes.

Es como si esa aventura pudiera dar culminación a todas sus vocaciones. Todas sus intenciones, sus acciones, sus interpretaciones, sus ensueños. La concreción en él de su espacio y de su tiempo.

En la imaginación traza, cuando ora, el viaje supremo. La cumbre de su montaña.

Pero, ¿cómo llegó hasta aquí?

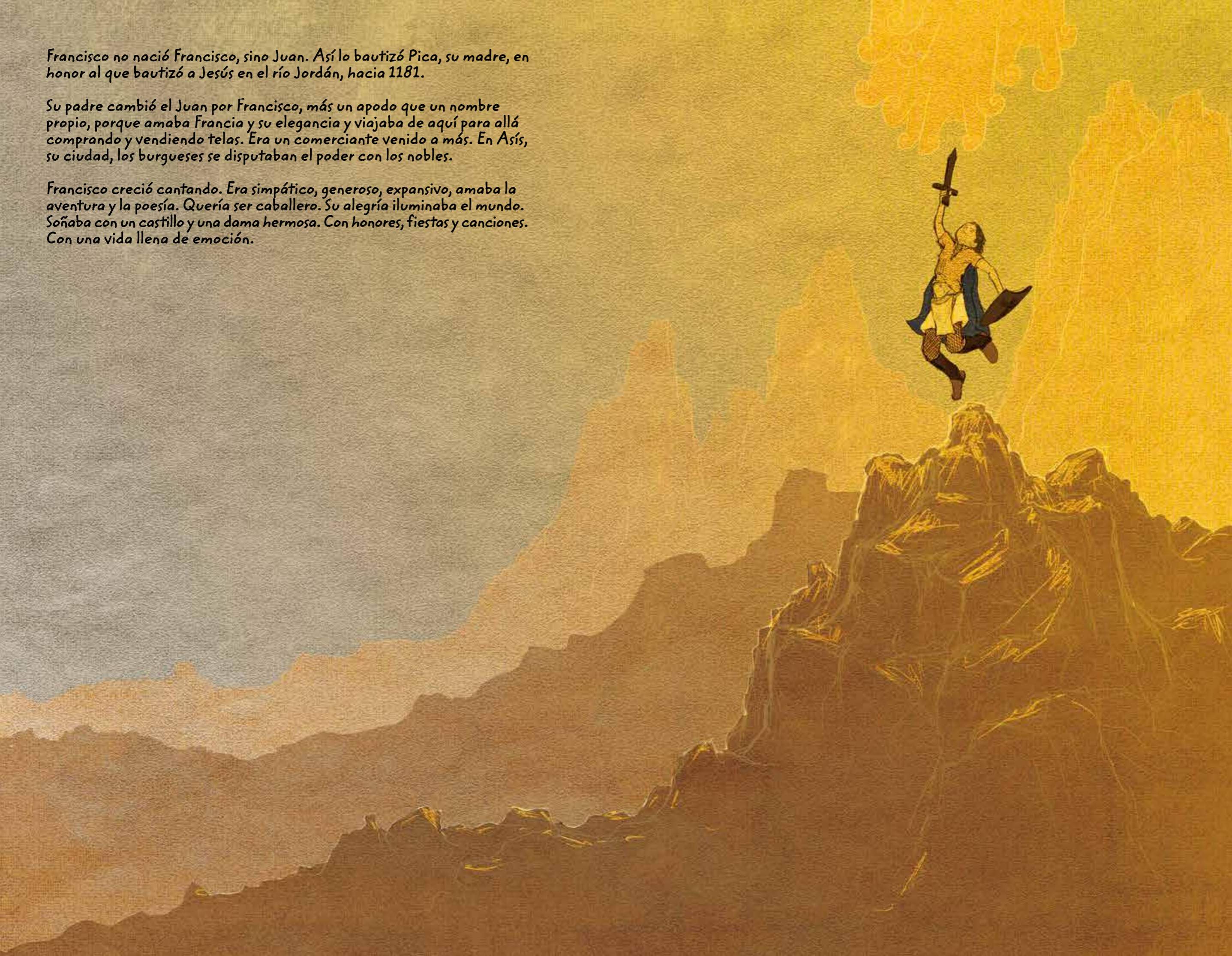
Necesitamos entenderlo para entendernos.



*Francisco no nació Francisco, sino Juan. Así lo bautizó Pica, su madre, en honor al que bautizó a Jesús en el río Jordán, hacia 1181.*

*Su padre cambió el Juan por Francisco, más un apodo que un nombre propio, porque amaba Francia y su elegancia y viajaba de aquí para allá comprando y vendiendo telas. Era un comerciante venido a más. En Asís, su ciudad, los burgueses se disputaban el poder con los nobles.*

*Francisco creció cantando. Era simpático, generoso, expansivo, amaba la aventura y la poesía. Quería ser caballero. Su alegría iluminaba el mundo. Soñaba con un castillo y una dama hermosa. Con honores, fiestas y canciones. Con una vida llena de emoción.*



Sus deseos de triunfar le hicieron tomar las armas a los 20 años para luchar en la guerra que enfrentaba a Perugia y Asís. Su bando fue derrotado. Podría haber muerto con honor. Sin embargo, en vez de matarlo, los enemigos lo metieron en prisión para poder pedir un rescate al padre rico.

Francisco pasó meses encerrado. Enfermó. Una alegría insondable lo visitaba algunas veces. Tuvo la intuición de que la vida le regalaría grandes cosas.

Cuando al fin lo liberaron, era otro. Se recuperó de su enfermedad. Empezó a vagar por los campos de Asís. El padre no entendía tanta introspección.

Tras una visión de éxito en la batalla, Francisco se vistió la armadura una última vez, ensilló su caballo y partió hacia Pulla. Una noche, mientras dormía en Espoletto, una voz le preguntó si quería servir al siervo (el hombre) o al Señor (Dios). Y el joven tuvo tan clara la respuesta que abandonó para siempre sus pretensiones militares.

Se dio la vuelta.

Pero ¿qué era, qué es servir al Señor?



Responder cada vez de manera más honda a esa pregunta fue el empeño fundamental de la vida de Francisco.

Ya no era tan extrovertido. Buscaba la soledad de los bosques y las cuevas, convertidas en úteros metafóricos desde los que prepararse para un nuevo nacimiento. Contemplaba con frecuencia los atardeceres dorados de la Umbría. Repartía a los pobres sus pertenencias. Nadie lo entendía.

Le daban asco los leprosos. Un grupo de ellos se alojaba cerca de Asís. Francisco había comprendido que triunfar sobre sí es casi siempre hacer lo contrario a lo que nos pide nuestra voluntad. Empezó entonces a frecuentarlos. Lavaba sus pies, les vendaba las heridas, quitaba el pus que supuraba. Un día se acercó a uno y lo besó. Entregado. Ahí comenzó su penitencia, dirá él. Esto es: su camino de regreso a casa. La sensación interior era la de haber obtenido la total victoria sobre sí mismo.

